

Soy el traductor... ¿y bien?

Rodolfo Alpízar Castillo

Coordinador del Servicio Iberoamericano de
Información sobre la Traducción

La Habana (Cuba)

En las más trascendentales negociaciones internacionales, allí donde se deciden los destinos del mundo, y en el más humilde contacto entre personas de distinta procedencia nacional.

En el proceso judicial contra genocidas que han marcado época con sus crímenes y en el más rutinario de los juicios por trámites migratorios.

Sea mucha o poca la importancia del encuentro entre seres provenientes de ámbitos nacionales diferentes.

Sea efímero el resultado o quede en los anales de la humanidad.

Está presente.

Está presente, pero se trata de una persona invisible, ignorada, olvidada para todos los efectos una vez concluida su misión, anónima entre los anónimos.

Una equivocación suya puede mover a risa, convertir una gruesa cuerda en un camello que difícilmente ha de pasar por el ojo de una aguja o, quién sabe, colocar naciones al borde de la guerra.

Es un caso curioso el de esta persona. Resulta muy mencionada por sus errores, rara vez por sus aciertos; cuanto más profesional sea, cuanto más efectiva sea su actuación, menos se fijan en ella, menos visible resulta para los demás.

¿Hace falta decir que se habla de los traductores y de los intérpretes?

Si alguna actividad de servicio se ha mostrado imprescindible para la presencia del ser humano sobre la Tierra, es esta, a la vez humilde y grandiosa, de los traductores e intérpretes.

Atención a un punto: se ha dicho «actividad de servicio».

Importa mucho no olvidar este concepto: interpretación y traducción son quehaceres que solo existen en función de su utilidad para el desenvol-

vimiento de otros quehaceres. Nada más que eso.

Y nada menos.

Cualquier desarrollo que se alcance en este campo está signado por esa condición. Nunca el traductor o el intérprete deben pretender superar o sustituir al autor original, su impronta estilística nunca ha de opacarlo. Una traducción es tanto mejor cuanto menos se note que no se está ante la obra original. Si un escritor es más cualificado cuanto más se individualice, cuanto más resalte su personalidad en lo que escribe, por el contrario, la mayor profesionalidad y cualificación del traductor se encuentra precisamente en su capacidad de pasar inadvertido, de fundirse con el autor y perder cualquier marca personal que delate su presencia. Su condición básica es servir y a la vez parecer no estar presente

Servidores invisibles por encima de todo son, pues, los traductores e intérpretes. Sirven al emisor y sirven al receptor del mensaje. Servir no es, en este caso, como pudiera alguien pensar, ser menos que el servido, estar por debajo del servido, pues sin este servidor el servido está incompleto, cuando no queda inutilizado por completo.

De ahí que el traductor y el intérprete sean, o deban ser, profesionales orgullosos de la humildad de su actividad.

¿No es, acaso, motivo de orgullo saber que esta obra literaria, este texto científico, este descubrimiento, podrán traspasar fronteras y devenir trascendentes gracias a la participación personal de uno?

¿Qué hubiera sido de todas, absolutamente todas las obras científicas y literarias del mundo sin los traductores? ¿Qué de las grandes ideas filosóficas y sociales? ¿Qué de las religiones? ¿Son posibles las relaciones internacionales sin ellos?

Ante esto, vale decir: servidores, sí, señor, y a mucha honra, porque sin este servicio aún estaría el ser humano en las cavernas. Quizás ni ser humano podría ser llamado.

Sin embargo, a pesar de los milenios con que cuenta la profesión y lo (supuestamente) evidente de lo que se ha mencionado hasta aquí, confusiones lamentables se manifiestan, y todo apunta a que seguirán manifestándose, en relación con el lugar de los traductores e intérpretes como eslabón fundamental para la comunicación interlingüística.

Algunas de estas confusiones se presentan,

quién no lo sabe, entre los propios profesionales.

Hay traductores e intérpretes que asumen con excesivo énfasis el orgullo de la profesión y olvidan que, ante todo, su razón de ser es garantizar con el máximo de autenticidad el mensaje transmitido por el emisor original. Ni el traductor ni el intérprete tienen derecho a alterar el sentido del mensaje, por más que este pueda ser, en algunos casos, contradictorio con sus sentimientos o sus convicciones personales. Es preferible negarse a realizar el trabajo antes que interferir en el flujo de una comunicación en la cual se es un eslabón tan importante. Ejemplos de violación de este principio han existido y deben ser rechazados.

No es extraño, sin embargo, el caso opuesto: el de quienes asumen de manera literal el carácter de servicio, los que toman irresponsablemente la profesión como un quehacer menor, incluso como una manera cualquiera de obtener un salario o una remuneración.

Claro está que traducir es una forma de ganar una remuneración, es un trabajo por el que a uno le pagan, y eso está muy bien, salvo que no siempre el pago es el merecido. Pero lo que uno percibe por su traducción o interpretación debe estar refrendado por una calidad sobre la cual no ha de haber dudas. Es una traición a la profesión traducir sin calidad.

Para traducir con calidad no alcanza con lo que se aprendió en la escuela o en cursos de traducción. No basta con tener un buen nivel en la lengua de partida y un dominio total de la lengua de llegada. Estos son los requisitos mínimos. Es imprescindible ser culto. Y ser culto significa no dejar de estudiar nunca, no darse por satisfecho nunca con lo aprendido, sentir en todo momento la infinidad de lo que falta por conocer.

Y es imprescindible estar actualizado. Estar actualizado, en el mundo de hoy, es, ante todo, estar conectado con el resto. Los grandes traductores de la antigüedad, solitarios, aislados, dependientes apenas de su genio para la realización de su trabajo, ya no tienen razón de existir. La traducción ha dejado de ser una profesión solitaria. El traductor y el intérprete tienen hoy a su disposición, deben saber utilizar, y utilizar bien y abundantemente, una infinidad de recursos que la red de redes ha generalizado y hasta banalizado. Desconocerlos es marchar en sentido contrario al desarrollo de la profesión y de la humanidad.

En rigor, hoy por hoy podemos llamar antigüedad al tiempo transcurrido desde la aparición del género humano en la Tierra hasta Internet.

En Internet no solo encontramos disponibles (unos mediante pago, otros absolutamente gratuitos) una cantidad incontable de diccionarios, glosarios y ayudas lingüísticas diversas para los más variados idiomas y especialidades, sino también, y esto es muy importante, pues echa por tierra el mito del traductor solitario, una gran cantidad de listas de interés por países, regiones o idiomas, o por especialidad (en particular, medicina o traducción jurada), alrededor de las cuales se agrupan miles de colegas de todo el mundo para discutir sus problemas, intercambiar experiencias, hacer consultas, ofrecer sus servicios y aportar o recibir información.

Participar en estas listas es sencillo; por lo general solo hay que manifestar la intención de participar, en algunas ocasiones declarando el acatamiento a determinadas reglas, sencillas, de comportamiento. Tampoco es imprescindible tener acceso a Internet; basta una dirección de correo electrónico para recibir y enviar mensajes.

Estaba hablando de las confusiones que se producen y pareciera que me he ido del tema. Solo en apariencia. Pretendía llamar la atención sobre el hecho de que, en la actualidad, disimular la falta de profesionalidad en la escasez de recursos o la condición de ente aislado del traductor o intérprete es una excusa nada aceptable.

Hay un tercer grupo de equivocaciones. El más abundante, por cierto.

La historia está llena de frases célebres... y tonterías. Una de ellas es la de *traduttore, traditore*, harito repetida. Pero hay más; por ejemplo, las que achacan a los traductores la innata condición de adulteradores de las lenguas, de corruptores de idiomas. Como tales afirmaciones no son más que reverendísimas tonterías, no hay que detenerse en ellas. Hay cosas peores.

Pensemos en el desprecio a la profesión por parte de muchos que están obligados a recurrir a ella. Concebir al traductor (o intérprete) como una naranja es desgraciadamente bastante corriente: una vez que se le extrae el jugo se le echa a un lado. No hay un adecuado reconocimiento social ni de ningún otro tipo a su trabajo. Si es cierto que en algunos eventos y organizaciones internacionales de gran relevancia se toman en cuenta las condiciones

en que han de laborar los intérpretes y los traductores, no es raro que ni siquiera se les garantice adecuadamente la satisfacción de necesidades tan elementales como alimentarse y descansar.

Y para qué hablar de los derechos de autor. Aunque admito que en este punto los propios traductores tienen su cuota de culpa, pues es sabido que el derecho que no se ejerce se pierde, lo cierto es que esta es una materia de las más abandonadas por las legislaciones. En algunos países existen regulaciones bastante aceptables, y hasta tarifas oficiales para que el traductor discuta con sus empleadores, pero esta práctica no está generalizada, y no siempre se cumple allí donde está establecida.

Lo que he señalado no es más que una muestra (pueden buscarse más casos) de las confusiones existentes en la evaluación de la trascendencia de la profesión de traductor o intérprete. A fuer de sincero, admito que no le encuentro solución al problema por el momento; tendremos que convivir con él mucho tiempo más.

La comprensión del valor y la trascendencia de la labor del traductor e intérprete, aunque en ocasiones ocupa un espacio en el discurso oficial de empresas, organismos y gobiernos, pocas veces se materializa en actitudes y acciones concretas en beneficio de este sector profesional.

Frente a esta realidad, trabajo y persistencia.

Hay que contribuir individual y colectivamente al prestigio de la profesión. La responsabilidad y seriedad con que todos y cada uno de los traductores e intérpretes asuman su profesión es el único camino.

Estudiar mucho, ser muy severos y críticos con lo obtenido, consultar con los colegas, hacerlos partícipes de las dudas y de los logros, aprovechar las herramientas que están disponibles y contribuir a su difusión, son elementos imprescindibles para elevar nuestra cualificación como profesionales, nuestro prestigio personal.

Y el prestigio de la profesión depende de la suma del prestigio de quienes la ejercen. ■

¿Quién lo usó por vez primera?

Operón

F. A. Navarro

A mediados del siglo pasado, la escuela de microbiología del Instituto Pasteur de París brilló a escala internacional durante una época efervescente de lo que por entonces empezaba a llamarse 'biología molecular'. Hoy se recuerda de ella, sobre todo, a los tres científicos franceses galardonados en 1965 con el premio Nobel de medicina—François Jacob, André Lwoff y Jacques Monod—, pero a la escuela del Pasteur pertenecieron asimismo otros muchos investigadores no nobelizados que efectuaron aportaciones científicas de primera categoría, como Elie Wollman, Robert Lavallée, Melvin Cohn, Hélène Ionesco, Jean Paul Aubert y George Cohen.

Como sucede con cualquier centro puntero de investigaciones, por las instalaciones parisinas del Instituto Pasteur pasaron entonces numerosos científicos franceses y extranjeros deseosos de formarse en los campos de vanguardia de la ciencia. Buena prueba de ello es el pasaje que traigo hoy a este rincón de *Panace@*: el grupo de Jacob y Monod planteó por primera vez la hipótesis del operón en un artículo que venía firmado también por una tal *mademoiselle* Carmen Sánchez, hoy profesora de genética bacteriana en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

L'hypothèse de l'opérateur implique qu'entre le gène classique, unité indépendante de fonction biochimique, et le chromosome entier, il existe une organisation génétique intermédiaire. Celle-ci comprendrait des unités d'expression coordonnée (opérons) constituées par un opérateur et le groupe de gènes de structure coordonnés par lui. Chaque opéron serait, par l'intermédiaire de l'opérateur, soumis à l'action d'un répresseur dont la synthèse serait régie par un gène régulateur (non nécessairement lié au groupe).

Jacob F, Perrin D, Sánchez C, Monod J. L'opéron: groupe de gènes à expression coordonnée par un opérateur. C R Acad Sci 1960; 250: 1707-1709.